

31-6-A-N 15.

1028

Ca 2517

Memoria

que presenta Dn. Alvaro Estrambic de  
Jendreyonski para el ejercicio del gra-  
do de Doctor en la Facultad de Me-  
dicina.



D Alvaro Estrambic de Jen-  
deyeroski y Abad,



*Tema -*

*¿ Cual es y donde encontramos el  
criterio propio que marque nuestro  
desarrollo en la ararosa y accidentada  
marcha de la clinica. ?*



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315390981

*b 18442298  
c 2540281x*



Ilmo. Sor.



Profundas vacilaciones y largos periodos de desahinto he sentido, desde el momento que comence a alimentar deseos de ver coronada mi carrera con la mas alta dignidad academica; y confieso ingenuamente tambien dado al traves con mis propositos, si no hubieran podido en mi, mas el deseo de la honra a que aspiro y el sentimiento de vuestra benevolencia, que todos mis temores, hijos legitimos de mi apocado espiritu.

Bien quisiera en estos momentos tener, sino la eloquente y arrebatadora palabra de los grandes



oradores, por lo menos la facultad expositiva que, en esta escuela escuchara de labios tan autorizados, y ya algunos por desgracia perdidos a la ciencia, como un Mata y tantos y tantos esplendidos varones y autorizados maestros, que han hecho resonar su voz en estos angostos recintos.

Bien quisiera que, con facil y elocvente palabras, mi numeren os elevara a las brillante regiones de la poesia, o a las no menos magestuosas, pero serenas mansiones de la ciencia; mas solo alcanza mi rudo palabra a balbucir en mal ordenado lenguaje, las toscas ideas que, en mi cerebro se engendran.

Dispensad, pues, <sup>el</sup> Ylmo. Sor, si mi lengua no alcanza a expresar, lo que siente el corazón y piensa mi cabeza.

Colocado el hombre en posición

El hombre, en ser inteligente y libre, rey de la creación y empuje y corona de la misma, resume en su propia naturaleza, como en síntesis compleja las fuerzas todas del Universo, representando a su manera todas las seres y todas las categorías. Constituye una unidad dentro de su multiplicidad, cuyo estudio ha sido y será objeto de las vigiliias y desvelos de los sabios. Ya los antiguos griegos convicieron la importancia y transcendencia de su estudio, al gravar la profunda máxima *ΓΝΩΤΙ ΤΕ ΑΥΤΟΥ* en un templo de Delfos. Socrates, Platon, Aristoteles y posteriormente cuantos filosofos y naturalistas han aparecido en el estudio de la ciencia, todos le han tomado como objeto predilecto de sus profundas investigaciones. Todos, con mas o menos fortuna, han procurado des-



cifrad el enigma que en si encierra. Todos  
han tratado de darse cuenta de lo que somos,  
pero no todos habran, quisea, acertado con  
la verdadera solucion. Dedicado yo al estudio  
de la ciencia que le tiene por objeto, al es-  
tado enfermo, no podia sustraerme al vivo  
instinto que a toda nos impugna a conocer  
lo que somos. Consagrado este trabajo a de-  
linear uno de los problemas que en si com-  
prenden las ciencias medicas, problema cuya  
importancia es tal, no obstante figurar en se-  
gunda fila, que por si solo resume la esti-  
lidad y necesidad de nuestra hermosa ciencia  
no podia sustraerme de comenzar mi trabajo  
sintetizando en breves frases mis convicciones  
en el asunto; pues de ellas dependen las solu-

ciones que posteriormente he de someter a nues-  
tro superior criterio.

Si con reflexiva mirada tendemos nuestra  
vista por el bellissimo panorama que a noso-  
tros nos ofrece la prodijosa naturaleza, vemos  
en medio de la prodijosa multiplicidad de  
los seres que la pueblan, que estos vienen, en  
ultimo analisis, a reducirse a tres clases,  
mineral, vegetal y animal. Si atentus  
en nuestro examen tratamos de darnos cues-  
ta de los fenomenos, que los diversos seres  
presentan a nuestra observacion, notaremos,  
que los primeros, los minerales, no tienen en si  
mismos la causa de los fenomenos, que presen-  
tan, que esta es extrinseca y exterior; no hay  
en ellos poder para producir por si mis-  
mos el mas pequeño cambio, si este



no les es regido del exterior; les vemos  
obedecer siempre a leyes fijas, constantes, a las  
que, no les es dado sustraerse produciendo  
siempre idénticos efectos cuando son influidos  
por idénticas causas: aquellos continúan  
indefinidamente, en tanto existen estas y el  
cuerpo que es su teatro. Al lado del mi-  
neral, vemos el reino vegetal y desde la  
humilde violeta, que emblema de la mo-  
destia parece querer sustraer a nuestras  
miradas su fragancia y hermosura, hasta  
el robusto cedro y esbelta palmera, que  
con sus erguidas cabezas parecen desa-  
fiar al rayo, y querer escalar las cumbres  
moradas; encontramos toda una clase  
de seres que se diferencian esencialmente

de los anteriores por los fenómenos que nos presentan.  
En todos ellos vemos, que si bien dentro de las le-  
yes físico-químicas, los cambios observados tienen  
algo que no es simplemente físico, ni químico; tienen  
alguna cosa que en cierto modo parece contradecir las  
leyes de la materia inorgánica, siendo estas como  
modificadas al actuar sobre el vegetal. Y en  
efecto, es así, pues si bien las leyes físico-quími-  
cas obran sobre todos los seres siendo causa deter-  
minante de su actividad, en el reino vegetal  
existe un impulso interior que al definirse al  
exterior lo hace siempre bajo formas determi-  
nadas dentro de cada especie y variables en las de-  
mas, apropiándose las generales de la materia que  
toman un sello particular. Aquí, no siempre,  
suceden iguales efectos a idénticas causas, aquí  
ya hay espontaneidad; por que hay vida. Y si la  
vida podemos considerarla como el cambio y la



apropiación, aquella adquiere mayor desarrollo en el animal, llegando a todo su complemento en el hombre. Y en verdad que si en el animal vemos mayor complejidad en sus fenómenos, y tanto mayor cuanto mas nos elevamos en la escala zoológica, esta complejidad adquiere todo su desarrollo al considerar al hombre. Vemos en el primero una serie de fenómenos comunes a todos los seres vivos, nutrición y reproducción, existiendo otros correspondientes a la sensibilidad, que le son propios y pertenecen asociados a los del instinto. Este conjunto de fenómenos son, en esta manera, propios del animal, y si quiera no están completamente estudiados en la actualidad; por lo q. de ellos conocemos podemos indicar la gran diferencia que los separa del hombre. Hal-  
tando, en efecto, a los primeros la apropiación completa de tales fenómenos; carecen del poder de hacerlos suyos y dirigirlos a voluntad; el animal obra siempre obedeciendo al impulso exterior mas fuerte

que le solicita. Mas el hombre, presentando en el mayor grado de desarrollo todos los fenómenos del animal, tiene además el poder de dirigirlos, los hace propios completamente y no siempre obra en el sentido del influjo exterior mas fuerte que le solicita. En este, existe además toda una serie de impulsos o motivos q. le son propios; tales son los morales, naciendo en su virtud el libre albedrío y la responsabilidad moral; por q. aquellos constituyen el fondo de su conciencia. Esta le hace sentir su propia unidad e identidad en todas las períodos de su vida: esta identidad, que el hombre percibe en si mismo, y su propia unidad, que son los caracteres constitutivos del yo, no pueden admitir, en su sentir, satisfactoria aplicación, en medio del continuo cambio que constituye la vida, sino como efecto de un motor no susceptible de cantidad y por lo tanto inmaterial, cuya naturaleza



espiritual nos la revela la cualidad de comprender multitud de fenómenos del orden supra sensible.

En medio de la multitud de manifestaciones, que el hombre nos presenta provenientes de su esfera moral, nos presenta también otra tan inmensa, que es hija de su organización y de la influencia modificadora de los agentes físicos que le rodean, cuya acción reperante sobre el ser moral, así como este lo hace sobre la organización, constituyendo una sola función, en cuyo ejercicio interviene diversos factores, que a su vez son funciones aunque más limitadas.

Colocado el hombre en función

con el universo, influyense recíprocamente los dos, como terminos únicos de una sola función; constituyendo la vida precisamente en el cambio mutuo que entre ambos se establece. Cuando esta función, por causas, unas conocidas y otras desconocidas y que tal vez siempre lo sean, sufre desviaciones del orden normal, engendrarse un conflicto, surge la enfermedad, surge el dolor, como grito de protesta de la violación sufrida en el orden físico; así como surge el remordimiento al violarse la ley moral, que rige al hombre libre y responsable.

Ansioso el hombre de aliviar sus dolores físicos, e impedido por su espíritu investigador, ha nacido en la noche de los tiempos e infancia de la humanidad, la hermosa ciencia de Esculapio e Hiperates; pero nace, no como Minerva



adulto y armado, de la mente de Fove, sino como  
informe embrión que, solo al calor de la experi-  
encia y la observacion, adquirirá el desarrollo con  
que hoy la contemplamos. Desordenado conjun-  
to de hechos incoherentes, tiene su primer asilo en  
los templos, donde crisalida oculta, aguarda el  
tiempo de convertirse en vistosa mariposa, y  
cual útil abeja libar el polen que le ofrecen las  
flores mas bellas del jardín de las ciencias, y  
ofrecer á la humanidad, siempre ingrata, precio-  
so lenitivo á sus acerbos dolores. Cuando ya  
el número de sus hechos fue suficiente, trató de agru-  
parlos é inducir leyes que, regieran los diversos a-  
grupamientos, que de los mismos hiciera; mas como  
para ello, necesitaba las luces de la filosofía, salí  
del templo para cobijarse en el regazo de la ciencia  
madre; quien al notarla de su método, sus leyes  
y sus sistemas la incorporó con los demás conocimientos,

formando el precioso árbol de la sabiduría griega en  
sus primeros tiempos. Solo cuando ya bastante ro-  
busta, pudo la ciencia de Esculapio emanciparse de  
la tutela filosófica, la vemos con criterio propio juz-  
gando los hechos de su peculiar incumbencia, pero  
siempre reflejando en sí misma, las tendencias filo-  
sóficas de su época. Vemos que según las teorías,  
ya espiritualistas, ya materialistas, imperan en el  
campo filosófico, así la medicina se entrega á un  
absurdo misticismo con Paracelso, Van-Helmunt y  
Agripa, ó bien á un grosero materialismo con Bou-  
lli, Bellini y Bernoulli. Estas distintas tendencias  
se acentuaron mas, quiza, que en parte alguna, en  
la terapéutica, y vemos ruinar como sinos absolutos  
á Pavior y Comasini con un „contra estímulo“, y las  
dosis ocultas de tartaro emético; á Brown un  
lesion de excitabilidad, recomendando la misma sus-  
tancia, pero por diverso motivo; á Broussais y



Boniland, organicistas puros y partidarios de la teoría de la irritación, que plantean francamente el método antiflogístico directo. Brillantes resultados se obtienen ya en esta época con la aplicación a la medicina del método de Bacon y criterio experimental; y Laccence, Piorry y el alemán Avenbrugger, dotan a la ciencia de dos métodos de exploración, "la percusión y la auscultación", procedimientos estos que fundidos en uno por Gueman (de Roussin) da origen a la auscultación pleurimétrica en estos últimos años.

No satisfechos con los resultados obtenidos, y ganosos los hombres esclarecidos que a su nutrio se dedicaran, de llenar cumplidamente la misión que el destino les confiara, hacen tributarios de la medicina los ramos todos del humano saber; y ora la filosofía con su método, sus leyes, sus doctrinas y hasta sus sublimes desvarios; ora la física dotando

de medios de exploración y de tratamiento, ya la química con sus delicados análisis y estudios sobre la composición elemental de los seres orgánicos y estudios sobre los alcaloides de origen animal Lencomaines y Plomainas; ya la historia natural proporcionando los materiales de la farmacología; ya finalmente la Psicología en unión de la fisiología y zoología comparadas con sus estudios sobre el yo, contribuyendo a fijar los límites del ser moral libre y separar lo que depende de la organización, de lo que es libre en el hombre; fijando la responsabilidad de las acciones humanas, y marcando con razonado criterio propio cuando estas son imputables y cuando no; dan origen con Pinel y Esquirol a la frenopatología que, cultivada por nuestro malogrado Mata, Guislain y tantos otros, promete en lo porvenir grandes reformas en las legislaciones. Todos los conocimientos humanos,



en una palabra, contribuyen á dar losania y profundidad al hermoso arbol de las ciencias medicas.

Con tan vastos horizontes, é influida como no podia menos, por las demas ciencias, no tiene nada de extraño que, á veces se extravie, encarinada con sus propias concepciones, haciendo mas comprensivos los diversos limites, que á las mismas, la razon trasara. De aqui que el concepto anatomico de la enfermedad en ciertos espiritus influidos por la razon de lo conocido en la naturaleza, y desdiciendo lo desconocido necesariamente como objeto indigno de la meditacion, diere origen al materialismo, ya grosero de las antiguas escuelas jonica y abderita de la illustre Grecia, y a mas racional de nuestros modernos pensadores. Del propio modo el concepto vital de la misma, dio origen al misticismo de la edad media y parte de la moderna.

Fluctuando el espiritu entre tan encontrados sistemas, vemos la escuela clinica sin proprio criterio, unas veces, con el criterio naturalista hejoratico otras; pero siempre sin definirse bien en su objeto y sus medios, marchar á la ventura, impelida por los vientos ruñantes en las campas de la filosofia.

¿Cual es, pues, y donde le encontraremos, el criterio propio que marque nuestro derrotero en la azarosa y accidentada marcha de la clinica?

Es tal es, y llamo *Ev*, el objeto que en breves frases me propongo investigar en este mal perseguido trabajo.

A impulsos de nuestras desordenadas pasiones, y bajo la influencia de causas cosmicas, que obran sobre organizaciones ya predispuestas, surge el conflicto fisiologico, llamado enfermedad, que en ocasiones arrebatada en pocas horas al ser querido, objeto de nuestras mas precuadas ilusiones; ó bien convertida, al antes exuberante de vida, en triste



y miserable ser, que despues de un largo padeci-  
miento, solo le aguarda la fria losa de solitario  
sepulchro. Al surgir la enfermedad, surge  
un problema, y muchas veces de un espanta reso-  
lucion pende la vida o' la muerte del enfermo.

Problema complejo de suyo y proñado de di-  
ficultades, y mas complejo todavia por los di-  
versos espavores que sufre por las creaciones  
de nuestra loca fantasia. Problema que para  
su completa resolucion se hace preciso recordar  
aqui algunos pormenores de la funcion psico-  
logica del conocimiento.

Todo conocimiento incluye en si mismo  
las ideas de limitacion del objeto conocido; to-  
da limitacion trae consigo la idea de circums-  
cripcion, y esta por consiguiente la de exclusion  
de todo lo que no sea el objeto conocido. El hom-  
bre como ser que existe en la creacion, es objeto

cognoscible, incluyendo en su conocimiento todo lo  
que comprende este; y en esta cualidad, de ob-  
jeto del conocimiento, no podia sustraerse  
a' la ley logica que rige a' todo conocimiento:  
tema, pues, que ser limitado por diversos  
aspectos, segun fuesen los demas cognosci-  
bles de los q' se tratara de diferenciar. Estos  
diversos aspectos deben ser conocidos del ser  
cognoscente, si el objeto dado a' su cono-  
cimiento ha de ser completamente conocido,  
en los limites de la posibilidad humana.  
Tomar un solo aspecto de la cuestion, dyan-  
do los demas en el olvido, solo puede  
verificarse logicamente, como una necesidad  
que se impone a' la inteligencia por su li-  
mitacion; pero este olvido ha de ser momen-  
taneo, y solo en tanto que llegamos a'



conocer, hasta donde nos es dado, este aspecto;  
pero teniendo siempre presente que existen otras  
aspectos que debemos conocer también, para q.  
resulte completo nuestro conocimiento. Así, pues,  
el concepto puramente anatómico del hombre,  
no es más q. un aspecto, bajo el que puede  
ser objeto de nuestra actividad intelectual,  
pero no constituye por sí solo el conoci-  
miento completo del hombre. Este, como en-  
tidad viviente, es algo más que un conjun-  
to de órganos y aparatos, algo más q. un  
agregado de células; es esto mismo, pero en  
acción, constituyendo una unidad con jusan-  
do a su fin, que si como es de la escala  
zoológica, es el de la conservación del in-  
dividuo y el de la especie, tiene además  
otro más elevado, que por sí solo constituye

su excelencia: este es el de comprender, representado en  
su inteligencia o en manera, la armonía y plan  
del universo: como ser inteligente y perfectible  
tiene además el deber moral, que es necesi-  
dad de su espíritu, de perfeccionar este ensan-  
chando la esfera de sus propias conocimientos.  
Este aspecto del ser vivo e inteligente no pu-  
ede ser comprendido en el concepto puramen-  
te anatómico: hay pues necesidad de estudiar-  
le como actividad, como potencia de los  
actos que ejecuta; potencia, que como con-  
cepto puramente metafísico, no se realiza en  
el mundo real, sino por actos, pero q. puede ser  
conocido como tal potencia, si el conocimiento ha de  
ser completo y adreñado. El concepto puramente meta-  
físico de la actividad, con olvido de la organización,  
q. fija y limita, p.º determinar la, esta misma actividad  
nos llevaría al misticismo más absurdo e incompre-



ible, y resultarian reproducidas en la actualidad las  
extrañas concepciones de Stahl y de la escuela homeo-  
pática.

El olvido de esta ley elemental de la lógica, que ha sido  
el origen de las aberraciones, q. u han desarrollado en la  
historia de la humanidad, precipitando poderosas intelligen-  
cias en los abismos del error. Este olvido ha hecho q. consi-  
derando muchas solo un termino de los q. comprenden el pro-  
blema planteado en la clinica y olvidandolos demas, los  
resultados hayan sido promer y dado margen  
a esa multitud de sistemas medicos, que cual  
astro de un solo dia, brillaron un momento en  
el cielo de la ciencia, desapareciendo despues sin dejar  
otro resultado, que la enseñanza nunca aprovechada  
de lo infructuoso de los esfuerzos del hombre cuando quiere  
conocer una cosa olvidando las leyes q. rigen al propio in-  
tendimiento.

¿ Sera' que mas protencioso yo, quiera sus-

traerme a' las causas de todo error, y ser el  
paladin de la verdad? Nada mas lejos de  
mi animo, que tamaña arrogancia: bien conozco  
mis escasas fuerzas, y así solo pretendo llamar un  
momento la atención sobre el estado de la cuestión y  
manifestar mi criterio en la misma; dejando a'  
mas espersadas inteligencias el resolver el intrin-  
cado problema que apenas alcanzo yo a' esbozar.

Decíamos hace un momento que al sur-  
gir el conflicto físico-patológico, llamado enfer-  
medad, se planteaba un problema de difícil  
resolución, si esta habia de ser completa y verda-  
dera; y los desarrollos en que voy a' entrar demos-  
trarian que es cierta mi asercion.

En todo caso tenemos por un lado la nocion  
nosológica y la nocion terapéutica, que puestas  
en contacto la una con la otra, han de dar por  
resultado la resolución posible del problema plan-

L



teado; y digo posible, porque a parte de otras consideraciones, en medicina debemos contar siempre con la entidad viviente, para la cabal resolución de las cuestiones que se presentan.

El concepto nosológico siempre es único en cada especie ideal; pero al determinarse en el espacio y el tiempo, lo hace parcialmente y nunca en la totalidad comprensiva de sus posibles modalidades; haciendo ostensibles, ya unos, ya otros de los diversos fenómenos que constituyen la función morbosa caracterizada en la inteligencia.

Esta exclusión de unos fenómenos en favor de otros, nos quiere indicar, que si bien la ley patológica que rigen las funciones, es única, específicamente considerado, esto no obstante tiene posibilidades diversas, que solo la observación ayudada de la razón ilustrada, puede determinar; y esto como ley constante en lo pasado, y solo

probable en lo porvenir. Ley, esta última, que depende de otro factor esencial y variable, la espontaneidad del ser viviente, que dirige todos los actos vitales, y hace que la vida como ideal, nunca sea realizada en el mundo de las cosas, en su totalidad, quedando siempre algo por realizar, y cuyo lado irrealizado en un caso determinado, lo será en otro. De aquí que nunca a la cabecera del enfermo debamos ser esclamivistas y pretender ver realizada la función patológica en toda su integridad nosológica, y si solo considerar el lado realizado de una función, que tiene sus raíces en la organización, pero en completo desarrollo solo lo adquiere en nuestra mente, ilustrada con la lectura y meditación de los casos análogos, sometidos a idénticas leyes, en su manifestación exterior.

Por lo que hace a la acción terapéutica, otro



de los elementos del problema, necesario para su resolución, induce en nuestro ánimo la idea de un modificador del estado actual de la economía, modificador que debe ser adecuado a dicho estado, y en relación con la noción etiología y patogénica que tengamos de la función morbosa desarrollada: pero no basta esto, menester es que también sea adecuado a la susceptibilidad medicamentosa e higiénica de ser viviente enfermo, pues como tal modificados. Debe ser apto para, una vez puesto en contacto con dicha economía viviente, desarrollar una función que anule o corrija la morbosa, o por lo menos se oponga eficazmente al desempeño de esta última, haciendo volver a la economía a su funcionamiento normal. Este modificador, pues, debe en cierto manera completar algo que falte a la economía morbosa, para reintegrarla

57  
a un estado fisiológico. De aquí la necesidad de conocer al ser viviente de la manera mas completa posible en sus estados de salud y enfermedad y de tenerle en cuenta en nuestra especulación.

Delucen de todo lo expuesto que cada problema es unico y sin idéntico en la práctica, siendo dado una sola vez al espíritu, y siendo los demás que se presentan semejantes al primero, pero siempre distintos entre sí y de aquél que primero se vio.

Si tomásemos una ojeada por la historia de nuestra ciencia, vemos siempre olvidada la preciosa verdad que acabo de asentarse, preciosa verdad, tan pronto proclamada por el insignificante anciano de Coe, como olvidada por los que le sucedieron. Hemos a sus discípulos dividirse en dogmáticos y empíricos dando exclusiva importancia a uno u otro de los factores que deben entrar en consorcio para la resolución del problema, no alcanzando



ninguno de los dos por sus miras exclusivas a  
satisfacer las necesidades de la inteligencia. Ve-  
mos en Roma al insigne Galeno, uno de los  
hombres mas proclamas de la antigüedad, diser-  
tando sobre el humorismo, olvidadas ya por  
completo las bases sobre que asentada son  
singular penetracion el edificio de la ciencia  
medica, el venerable fundador de la misma,  
el immortal Hipocrates.

En la edad media encontramos ya un  
misticismo absurdo, ya un estúpido materia-  
lismo, segun el punto de vista restringido, en  
que cada uno se colocaba; siempre tomando  
en consideracion uno de los terminos de la tesis  
y olvidando el otro. En nuestros dias mismos,  
y en medio de las brillantes conquistas de la me-  
dicina, vemos surgir la teoria del parasitismo,  
que si bien parece apoyarse, en algunos casos, en

hechos inconcisos, por sus tendencias invasoras  
y exclusivistas queriendo amoldar uno de los  
factores de la funcion nerviosa, y tratando  
de convertir al ser vivo en vaso de laboratorio,  
lleva en si mismo el vicio de unilateralidad.

Hermosos son, por cierto, y dignos de la  
admiraacion del hombre inteligente. los estu-  
dios de Mr. Pasteur sobre la rabia y el car-  
bunelo; bellos, bellisimos los de Koch sobre  
el bacilo de la tuberculosis, y del mismo y  
de nuestro español Ferran sobre el bacilo vir-  
gular del colera; dignos de encomio los trabajos  
de Hren y Carnuna sobre la fiebre ama-  
rilla. Pero en medio de tanta precision en  
los experimentos, de tanto lujo de minuciosida-  
des necesarias, no olvidemos que tenemos delan-  
te solo un termino de la tesis, y que el otro  
debe servirle para que resulte acabado y per-



fecto conjunto: que si para que exista la ratia,  
la tuberculosis, el cólera, la fiebre amarilla, ne-  
cesarios son los micro-organismos que las  
engendran; necesarios son también los sujetos  
susceptibles de recibir su acción. Que en vano  
fuerá buscar los primeros, sino hubiera quien  
fuese teatro de sus manifestaciones.

¿Puede decir esto que trate de levantarme con-  
tra las conquistas indudables de la antisepsia, de  
la inoculación del virus atenuado como preventivo  
y aun curativo de determinadas enfermedades?

El vano intento fuera en verdad, si tal alimentara,  
pues los progresos en las ciencias son como las  
aguas de torrente asolador; desgraciado del que  
intente oponerse a su marcha arrasadora, por  
que será arrastrado.

Esta lo que quisiera decir es que tengamos siempre pre-  
sentes en nuestra espíritu todos los datos que se mismo  
comprende todo problema clínico. Que en este debemos considerar

la enfermedad con las modificaciones que en ella  
induce el modo de ser del individuo que la pa-  
dece, y este en sus condiciones de Temperamento  
constitución, idiosincrasia, edad y demás circunstan-  
cias, que reunidas hacen, que el modo de ser de  
un individuo le sea propio y peculiar, imperi-  
mitido un solo especial a todas las escenas pa-  
tológicas que en el mismo tienen lugar. Que la  
espontaneidad, que caracteriza tanto más a las seres  
vivos cuanto más nos elevamos en la escala  
no es un mero capricho de la naturaleza; es ley  
propia de cada organismo en acción y la única  
capaz de dar la clave de ciertos hechos que pu-  
dieran hacer dudar de las concepciones mejor  
fundadas en medicina. Ella es la que determi-  
na mayor actividad en sus reacciones y hace  
que ciertos agentes tóxicos sean expulsados en  
determinados individuos antes de producir



su acción deletérea. Ella la q. hace, q. tal in-  
dividuo apesar de las malas condiciones higié-  
nicas en q. se encuentra, colocado resista sin  
suumbir los ataques mas energicas dirigis-  
dos contra su vida. Ella en fin la q. drástica-  
mente modifica nuestros planes curativos, ha-  
ciendo fracasar con frecuencia nuestros esfu-  
zos, si mal dirigidos estos, no hemos tenido en  
cuenta este elemento característico y q. se mani-  
fiesta tanto mas, cuanto mas exuberantes y  
prepotentes son los fenomenos vitales en el  
individuo. La noción nosológica mas bien  
definida, sobre infinitas variedades, segun las  
condiciones individuales del sujeto en quien  
se realiza. El concepto nosológico de la meningitis  
al realizarse en esas palidas y vaporosas sinovis-  
tas, q. semejantes a esas delicadas flores de

L

nuestras estufas, que la mas dulce brisa parece va a ame-  
batar de sobre el tallo en q. se nucen, no exigirá de  
nosotros en absoluto idéntica indicación q. cuando se  
realice en el robusto campesino, cuyas macizas y an-  
gulosas formas y sonrosado color de sus aterradas  
mejillas, rebelan la exuberancia vital. Distinto tra-  
tamiento exigirá un caso de otro, no obstante ser la mis-  
ma la noción nosológica, pues distintas eran tam-  
bien, dentro de su propia unidad, los fenomenos pa-  
tológicos q. nos la dan a conocer. Si algunos partidarios  
de un sistema medico cualquiera y aferrados al lema de  
nuestra bandera filosofica, tratásemos de idéntica ma-  
nera todas las meningitis ¿seria legitimo tal pro-  
ceder? ¿No seria por el contrario violentar los hechos  
y forzarlos a caber dentro del estrecho molde de nu-  
estro sistema? La sana logica dice que dentro del  
circulo de una misma enfermedad segun el estado  
del enfermo, periodo del padecimiento y demas cir-  
cunstancias, asi debemos acudir ya a un genero



ya á otro de modificadores. Proceder de otro modo sería dejarse arrastrar sinceramente por sistemas exclusivistas, sin otro criterio que el proporcionalado por estrechas miras futurificas.

¿Luego será el criterio selectivo el que debe guiar nos en clinica? No; jamás el selectivismo como sistema, si tal puede llamarse, que superando por una contradicción y tratando de conciliar en síntesis común, principios opuestos de encontrados sistemas; puede ser norma de conducta. Nada mas contrario á mi modo de pensar que la adopción de tal sistema; nada que repugne mas á mi espíritu que tal modo de raciocinar.

Luego si tampoco se admite el selectivismo,

se dirá ¿Cual es, pues, el criterio que se debe adoptar en clinica? Mas adelante lo exponeré, aun cuando ya lo dejó vislumbra; pero antes, para mejor sincerar mi modo de pensar y convencernos hasta la saciedad, que ningún sistema ha comprendido en su síntesis todos los terminos de la tesis propuesta; y que ya por un motivo, ya por otro, todos han dejado fuera alguno de los elementos que debieran comprender, hechemos una rápida mirada á los diversos sistemas médicos.

De este modo veremos, que en vano se han afanado los ilustres sabios que, trabajaron por dotar á la ciencia de un conjunto de principios que, fueran la expresión gemina de la verdad; pero no solo de la verdad actualmente conocida, sino de toda verdad; que







y elevando el vital en demasia, crean el miste-  
rismo en sus diversas manifestaciones, desde el  
Pneumatismo de Atheneo de Cartusio has-  
ta el animismo de Stahl y el vitalismo de  
de la escuela de Montpellier. Vesalio, en  
la antigüedad, poco después de la muerte de  
Hippocrates, según dijimos antes, disordina sus  
discipulos, influidos por las distintas tendencias  
de las filosofías platónica y peripatética  
en dogmáticos y empíricos. Los primeros ele-  
vando en demasia el concepto del inorganico,  
crean una entidad ontológica, á quien atribuyen  
facultades propias; y la doctrina de  
las crisis que fundado en la observación,  
creara el venerable anciano, viene á conuer-  
tirse en poco menos que movimiento raso-  
nal del autonomismo vital, elevado este á  
la categoría de entidad real, no racional,

como Hippocrates la concebiera.

Dando existencia real á los conceptos de la  
razón, y desdénando los hechos, se engolfa mas y  
mas en el terreno de las especulaciones hipo-  
físicas y viene por ultimo á extravíarse por  
completo, llena de seres ontológicos, como el  
Pneuma de Atheneo, los argues de Paracelso  
y el vitalismo de Montpellier. El empíris-  
mo, segunda rama de la bifurcación infri-  
da por la medicina, no admitiendo mas q.  
los hechos, desdénando todo concepto general,  
como aplicación en medicina, es proclamado por  
la escuela de Alexandria. Y Scrapion y Vilino  
de Coo y después los iátroucaricaz y iátrou  
químicos; el químico y orgánico y celu-  
lismo modernos, los unos con sus crispaturas  
y relajaciones; los otros con el ácido y el



alcali, sus propiedades químicas, propiedades  
orgánicas y seculares, vienen a fijar el rumbo  
decididamente materialista de la ciencia  
de curar. Cosa extraña, ellos que desde  
non todo concepto general, como inadecuado y  
no aplicable a la medicina, pretenden ex-  
plicar la variedad infinita de los hechos, den-  
tro de la unidad que los comprende, por me-  
dio de las leyes físico-químicas, y la noción  
matéria la erigen en causa y substratum gen-  
eral, y desdichando toda concepción metafísi-  
ca, no titubean en admitir la de materia,  
a quien atribuyen las diversas propiedades, que  
como fenómenos nos dan a conocer sus diver-  
sas especies, siendo la primera pura y gemina  
creación de la metafísica.

Siendo el hombre, como objeto cognoscible, ma-  
teria de actividad para nuestras facultades  
intelectuales, las teorías que sobre estas ha-  
agitado en tiempos diversos el campo filo-  
sófico, han influido de un modo muy mar-  
cado sobre el concepto, que de el hombre se  
han formado los diversos reformadores de  
la ciencia.

En los frondosos jardines de la acade-  
mia el ilustre discípulo de Sócrates, el  
gran Aristóteles, llamado Platon, por sus con-  
temporaneos a causa de la anchura de su frente,  
fue el primero, q. elevándose sobre el  
origen empírico de nuestros conocimientos,  
y queriendo fundar estos en las leyes de la  
inteligencia, dio una dirección puramente idea-



lista a la filosofía: este preclaro filósofo, a quien muchos han considerado como el fundador del Transcendentalismo alemán, admitió los conocimientos humanos como reminiscencias quedadas al alma de una vida anterior, no siendo el elemento empírico otra cosa, que la ocasión de la reinvención de estas en nuestro espíritu. Según él, el plan del universo era una serie de tipos, que se comprendían los unos en los otros, a medida que se elevaban en su categoría, fundiéndose todos en el Architipo, que era la suprema inteligencia. Estos tipos, representados en nuestra inteligencia, constituirían la idea, que para Platón, era más alta, que lo es en la actualidad, era la ley general, que se revela al espíritu por la observación de los fenómenos. Pla-

ton, pues, trató de referir el mundo fenomenal al mundo intelectual, siendo aquel una representación de este.

Este sistema filosófico, que arrastró en pos de sí gran número de partidarios, es el germen de los modernos <sup>de</sup> Kant, Fichte y Schelling. Sometiéndolo el primero de estos, lo mismo que Platón el mundo fenomenal al mundo racional, hizo a este superior a aquel, llegando a afirmar que la existencia de las cosas sometidas a leyes universales, como intuición, es imposible sin nuestra facultad de sentir excitada por los objetos, cuya naturaleza absoluta nos es desconocida. Esto admite la dualidad en el conocimiento, distinguiendo entre el objeto o materia, y el sujeto o forma; siendo esta el todo y aquella, una mera condición de nuestra sensibilidad, necesaria al ejercicio del pen-



samiento; pero en manera alguna origen de la legislación suprema de la naturaleza, que debemos buscar en nuestra propia inteligencia.

Fichte, no admitiendo la dualidad sentada por Kant, hizo al yo causa y origen del mundo fenomenal, siendo la única actividad. Según Fichte el yo absoluto era el yo relativo y la realidad no yo que se confundían en una sola unidad. El yo se consideraba a sí mismo, era absoluto, pero era relativo al considerarse limitado por el no yo; pues entonces era susceptible de aumento o disminución. Toda limitación del yo por el no yo era todo objeto, de modo q. no hay objeto sin sujeto siendo la realidad puramente fenomenal y en apariencia.

Schelling, aceptando la unidad de Fichte

afirmó la identidad del pensamiento y del ser; no siendo por lo tanto ambos mas que una sola unidad: la perfecta identidad entre el ser y la idea era el absoluto, era Dios. Fuera de este existe cierta discordancia entre el uno y la otra; discordancia que solo hace desaparecer el saber verdadero, saber que solo puede el hombre adquirir en cierta medida, pero nunca en su totalidad, pues esta solo puede existir en el absoluto, que por su naturaleza es superior al pensamiento del hombre. La naturaleza es un reflejo del mundo de la idea que aparece incesantemente bajo formas finitas, existiendo en su totalidad infinito en el mundo ideal. La materia es el principio de la naturaleza, siendo la luz, la segunda potencia que aparece como la forma unida a la materia. La unión de la



forma a la sustancia es la necesidad en el me-  
canismo universal. La transformación en un  
solo todo de estas dos unidades de modo q. la  
forma venga a ser sustancia y esta forma  
es el organismo, última expresión de la na-  
turalidad.

Hegel afirmando que todo lo que es  
real, es racional y vice versa, y que la natu-  
ralidad y la humanidad es lo absoluto la razón  
q. se realiza progresivamente y sin fin, no existiendo  
más leyes q. las de la lógica absoluta q. es la  
identidad de los contrarios, confundiendo en  
un solo todo el universo y el mundo ideal  
que se materializa bajo formas finitas dis-  
tinguiendo al materialismo moderno, cuyo adue-  
ñamiento habían preparado los sistemas anteriores.

Este modo de concebir la naturaleza y la  
humanidad tuvo su reflejo en medicina, na-  
ciendo los diversos sistemas organistas, qui-  
mistas y celulistas, que participando del error  
común a los sistemas filosóficos de que proce-  
dían confundían en una sola entidad real  
principios de distinta naturaleza. Fuerza y  
materia, he aquí los dos terminos únicos de la  
tesis universal, pero terminos al fin defini-  
dos, distintos lógicamente si bien experimen-  
talmente no puedan ser separados el uno del otro  
por ser su unión necesaria en el sistema uni-  
versal actual. En efecto, si materia es todo  
lo q. ocupa un lugar en el espacio, siendo in-  
extinguible de aumento y disminución, la fuer-  
za como causa de los fenómenos q. aquella



nos presenta, no podemos menos de considerarla como  
distinta, como un ente inmaterial de quien solo  
nos es dado conocer sus efectos sobre las naturas,  
quedando ella en su propia naturaleza comprendi-  
da en lo descubierto necesariamente, y por lo tanto  
extraña a nuestras esferas por conocerla. Si  
segun los sistemas filosoficos que anteriormente he  
citado, las leyes del universo debamos buscarlas  
en nuestro espíritu, no siendo aquel mas que la  
realizacion progresiva de lo absoluto; claro esta,  
que si por ley entendemos la relacion entre dos  
fenomenos conceptuando el uno como causa  
del otro, el absoluto nunca podra' ser el re-  
lativo, ni el efecto causa de si mismo. Ya ha-  
memos visto el absoluto, la razon universal  
al principio origen y fundamento de la le-  
gislacion universal, siempre tendremos a

parar a' la concepcion de dos principios, si quiera  
estos puedan aparecer confundidos en muchos  
casos. La concepcion de natura naturans de  
Giordano Bruno y Espinosa no es mas q.  
un espiritismo que ha reducido multitud de in-  
teligencias. Logicamente considerado un cuerpo  
cualquiera y elevandonos por la abstraccion al  
momento mismo de formarse su desenvolvimiento  
en nuestro espíritu podemos considerar este mo-  
mento como subdividido en dos presentandose  
primero como abstractum y definiendose des-  
pues como cuerpo por medio de lo que las pe-  
ripatiticas llamaron accidentes. Estos ulti-  
mos son efectos materiales de una causa q.  
si bien inmaterial, necesita para manifestarse  
a nosotros de un abstractum, definiendose  
la materia tal cual ante nosotros se presenta

L



La confusión en una sola entidad de estos dos principios es el error fundamental del materialismo y racionalismo modernos en sus diversas manifestaciones.

Circunscribiéndonos al terreno de nuestra incumbencia y considerando en globo todas las sistemas médicos cuyo punto de partida está en el transcendentalismo alemán, vemos que Kestner, Liebig y Mialhe, Virchow, al querer hacer depender las diversas manifestaciones del ser vivo de la diversa organización, composición química y propiedades de la célula repetidamente incurrían en un mismo error haciendo propio de la materia, lo que solo le pertenece en cierto manera y con el carácter de transitorio. Si por medio del pensamiento penetramos en el claustro materno en ese

sancta sanctorum de la reproducción, y queremos asistir al acto misterioso de la concepción de un nuevo ser, observaremos según las teorías más admitidas en la ciencia que una vez reunido por el óvulo el licor masculino, el vitellus, se segmenta cesando la primera fase de las que ulteriormente tiene que recorrer hasta constituir un nuevo ser. En tanto que el óvulo no recibe el líquido fecundante permanece muerta y esal un producto de secreción del órgano femenino. Después de la impregnación surgen los fenómenos que tendran por fin y coronamiento la constitución del nuevo ser; naciendo, pues, p.<sup>o</sup> formarse este el impulso comunicado al óvulo que es el *instructum* por el licor seminal que en sí lleva la fuerza. Una vez comunicado el impulso el movimiento continúa indefinidamente y complicándose mas y mas a



medida que el desarrollo sucesivo tiene lugar  
y solo terminará con la muerte del nuevo ser.  
No importa que luego veamos a este dotado  
de autonomía por cuanto esta solo es un efecto  
del primer impulso que recibiera en el acto de  
su concepción. Por complicadas que después sean  
los fenómenos que en vitalidad desarrolle, estos  
solo serán efecto de la mayor complicación de su  
organización, que teatro de las manifestaciones  
de la fuerza que le dió origen varía los e-  
fectos según el instruccion sobre que obra; pero  
sin afectar en nada a la fuerza que los pro-  
duce de la misma manera que un golpe so-  
bre diversos cuerpos sonoros produce distinto  
sonido. Veamos la fuerza que anima a las ex-  
pansiones ser el origen y causa ocasional  
de las diversas modificaciones sobrevinidas  
al ornato. Veamos que este sería eternamente

muerte sin el concurso necesario de la fuerza que  
reside en el hinc seminal.

Dirijamos nuestra observación al vasto  
campo de las alteraciones psíquicas y siempre  
veremos los trastornos dinámicos preceder a  
los somáticos. Podrá haber mas o menos pre-  
disposición orgánica a estas últimas, mas sin  
su estímulo puramente dinámico permanecerá  
siempre aquella en estado de tal disposición.

Si en sentido contrario al hasta aquí  
exponer dirijamos nuestras reflexiones sobre  
los sistemas mas o menos espiritualistas empe-  
zando por Stahl y Sauvage y concluyendo  
por los de la escuela moderna vitalista y de-  
jando aparte variantes que afectan en poco  
al pensamiento primordial que los anima  
en todos ellos vemos un olvido completo de  
la organización: esto si bien es efecto de la



fuera vital q. de su origen, no por eso carece de representación en el complicado problema de la vida. Esta no es un ser abstracto que se realice por sí solo, es algo más, abstracto y concreto; abstracto en el sentido de que sus diversas modalidades no se realizan jamás simultáneamente en un mismo ser quedando siempre algo que solo vive como abstracción en el mundo de la idea, siendo en esta donde debemos buscarla para conocerla completamente: es concreto en el sentido de definirse y determinarse en el espacio y el tiempo con modalidades propias, pero insuficientes por sí mismas para conocer toda la vida por el mismo q. la presenta, pues este solo es un modo particular de esta, existiendo otras que deben ser estudiadas si que unas llegas

a un conocimiento tan completo como posible sea. Con el conocimiento adquirido de estas vidas particulares el amor a la ciencia, sus conceptos generales que son leyes que rigen a la vida como concepto abstracto.

En la realización de la abstracción vida entra como factor esencial del que no puede prescindir la organización; que si bien producto de aquella es en cierta manera causa posterior de la misma, pues que ambas cosas constituyen en su reunión necesaria el ser vivo como tal. La una sin la otra es un cadáver, y en sentido contrario una abstracción sin existencia real.

El error del vitalismo en sus diversas matices está en haberse preocupado exclusivamente del principio motor de la organiza-



ción con olvido completo de la importancia de esta, pues si bien modernamente tiende a concederla alguna más, no lo hace de la manera suficiente, ni con la amplitud que requiere el papel que desempeña. La organización tiene sus leyes, que dimanan de su propia estructura y composición química; leyes que son necesarias para el cumplimiento vital. Cuando estas sufren alteración, ya por una causa, ya por otra la alteración sufrida tiene alta resonancia en el cumplimiento de la función vital, y no solamente en esta esfera vida y nutritiva y reproducción, sino también en las elevadas regiones de la inteligencia, dando lugar a multitud de trastornos, cuya causa

difícilmente podríamos explicar por el concepto puramente vitalista.

Siendo el concepto que nos formemos del ser viviente el primer elemento en que hemos de fundar el edificio de la terapéutica aplicada a un caso dado, según aquel sea, así serán los reflejos que despierta en el planteamiento y solución del problema clínico propuesto. Según la noción más o menos amplia que nos hagamos formada de la función viviente así nuestras soluciones serán más o menos tantas y más o menos nos acercaremos a la solución final pedida.

En medicina, pues, debemos preocuparnos de todos los factores, que reunidos constituyen la función viviente, sana o enferma, procurando entrar todos como elementos necesarios para la resolución del problema que se plantea a



la cabecera del hombre enfermo; no olvidando  
ninguno, ni dándole tampoco importancia  
demasiada, sino la que legitimamente le correspon-  
da en el problema dado: que según cual sea  
su naturaleza así exigirá de nosotros fijemos  
la atención preferentemente en la clase de fac-  
tor que sea el elemento predominante en la  
función morbosa desarrollada.

Si en medicina, pues, queremos ser fieles  
súber protos de la verdad, si queremos ser dig-  
nos del nombre de filósofos adoptemos un  
simple criterio, concepción al hombre  
como función viviente en función con  
el universo, realizándose en el tiempo y en  
el espacio con modalidades propias a cada  
realización parcial, dependientes de la fun-  
ción particular en que se encuentra con

relación a los agentes exteriores que en cierta  
manera la fijan y determinan sin dejar de  
ser por eso una función que se determina  
por sí misma. De este criterio nacerá otro  
tan amplio, si bien circunscrito al caso parti-  
cular actual de no ver en cada enfermo, sino  
una función viviente en conflicto consigo  
misma, naciendo este conflicto de la manera  
de realizarse ya en sí misma, en el tie-  
po y el espacio, ya de la en que se encuentra  
con los agentes exteriores.

Considerando así todo problema cli-  
nico, nunca seremos ni ciegos partidarios  
de determinado sistema, ni caeremos en la  
contradicción del eclecticismo. De este mo-  
do tendremos siempre facultades amplias  
para abarcar en un solo concepto ideológico



el universo entero en función con el orga-  
nismo y siempre podremos remover lo q.  
pueda ser causa del conflicto creado y  
aproximar lo que pudierá ayudar á  
restablecer el equilibrio roto ó trastornado  
sin corta pisa, ni restricciones impuestas  
á nuestro espíritu por el espíritu mismo.  
De este modo seremos fieles intérpretes y rectas  
ministras de la naturaleza, que inmensa  
como un hacedor no cabe, ni se aciene á  
los estrechos límites que trata de imponerla  
el orgullo de escuela, ni el fanatismo de secta.  
De este modo ni olvidaremos la organización  
en beneficio del alma, ni despreciaremos  
ó negaremos esta en beneficio de la organi-  
zación, ni fijaremos exclusivamente nuestra  
atención en la lesión cual si esta fuese in-

dependiente de la organización; sino que abra-  
zados todos los elementos en sabias y  
comprehensivas síntesis, y teniendo presentes,  
no solo los actuales, sino también los posibles  
y contingentes habremos dotado á la cien-  
cia de un sistema progresivo y adecuado  
á su naturaleza y á la del hombre que la  
cultiva.

He dicho:

Madrid 1 de Enero 1887

*Alvaro Góngora y Góngora*  
Abad

